



RAUL LEIS ROMERO: LA CREACIÓN COMO UN ACTO DE AMOR

POR MARIELA ARCE DE LEIS

Para Raúl el escribir y leer era tan importante como respirar y amar, era parte de su vida desde casi niño en Colón.

Sabía los secretos de esta Alquimia que se produce en el acto de creación literaria y de análisis sociológico, sabía que escribir transforma a las personas, las humaniza, las hace fuertes y poderosas. También sabía que leer y seguir aprendiendo de otros maestros y maestras creadoras también aporta a este proceso de crecimiento y regocijo espiritual.

Para Raúl, no había un rito especial, hora, o lugar preciso para crear, escribir, analizar. Su escenario era la vida cotidiana; la esquina del comedor en la noche; en nuestra cama luego de ver las noticias; en el balcón de Taboga a la hora mágica; luego de la siesta en su hamaca; en la mañanita en el sillón cerca del tamarindo con una buena taza de café boqueteño. En cualquier momento era asaltado por una idea, por una

experiencia que lo hacía parir cuentos, artículos, obras de teatro, ensayos, poesías; era como un Hipocampo que dio vida a cientos de productos culturales con la esperanza inquebrantable de aportar a la construcción de otro mundo posible, poner su grano de arena al Buen Vivir.

Raúl nunca separó lo personal de lo político y de ahí que su obra sea tan rica y humana, su paciencia y calidez, pocas veces se agotaba, salvo cuando en la familia no nos poníamos de acuerdo a dónde ir comer, o a qué película ir a ver. Era un hombre profundamente sencillo y humilde pues cuando le hacían algún reconocimiento público, llegaba y me decía “Mariela me dio pena todas la cosas buenas que dijeron de mí”, y le respondía: pero si es cierto, Amor, no te abrumes, ¿y sabes qué?, ¡se quedaron cortos!

Su respeto y amor por su familia tiñe toda su obra, en sus escritos podemos ver al padre,

al hermano, al esposo amoroso y preocupado por el mundo en que vivimos y el legado para nuestros hijos y nietos. Decía: “Lo que quiero para mis hijos lo deseo para todos los niños y niñas del mundo”.

Era un hombre generoso y limpio de corazón, jamás sintió los agujones de la envidia, al contrario cuando a un coterráneo se le reconocía en las artes y ganaba premios se alegraba, cuanto más joven era, más se alegraba pues era convencido de la importancia de potenciar nuevas generaciones de creadores y cultivadores de las artes en Panamá.

Para él tan importante es tener una ley de descentralización como tener una política de cultura con visión de estado que permita colocarla como piedra fundamental del desarrollo nacional sostenible. No aceptaba falsas dicotomías entre democracia y desarrollo, y en ambos campos ubicaba a la identidad nacional y

nuestra cultura como base fundamental del modelo de desarrollo de Panamá. “No podemos saber hacia adónde vamos como país, sino sabemos quiénes somos y de dónde venimos”.

Teníamos una premisa política aprendida de nuestras experiencias compartidas por años con el pueblo kuna, en el Congreso General y de la Cultura y con los encuentros de las mujeres: un Pueblo sin memoria histórica es un pueblo vulnerable, es como una hoja al viento. Cuando un pueblo sabe sus raíces y atesora sus experiencias de lucha contra

las múltiples violencias del sistema, se convierte en el viento que mueve a sus comunidades hacia derroteros de autonomía y respeto a sus derechos humanos. Era un luchador de los derechos humanos no ortodoxo, asumía las luchas desde los distintos campos del desarrollo y saberes.

Nuestra familia, los hijos: Raúl, María del Pilar y José Carlos Leis Arce, nos sentimos orgullosos y herederos espirituales de uno de los seres humanos más extraordinarios que hemos conocido en nuestras vidas, y no lo digo solo como esposa de 30 años, sino

como compañera de luchas sociales desde 1980; como colega educadora popular; como exdirectora del CEASPA; como activista feminista. Raúl ha dejado un legado intelectual muy grande, pero sobre todo nos ha dado un legado ético y político con su ejemplo de vida, con su coherencia.

Consciente de que no soy escritora (solo me atreví en 1982 a crear un cuento llamado La Familia Deditos, premio nacional Medio Pollito), les voy a compartir un cuento que le hice a Raúl, en este vano intento de exorcizar este profundo dolor de su ausencia.

NEÓN

*Para mi amado Raúl Leis R.
de Mariela Arce de Leis*

No sé por qué, pero ni él mismo sabía el origen de su encanto con los letreros de neón. Tal vez eran sueños del niño que vivía frente a la Boite Sabeb en Colón. De ella salían risas, música y a veces gritos de pelea, pero él solo escuchaba música y risas, era un niño optimista. Ese lugar era mágico y misterioso, ¿por qué entraba tanta gente todas las noches? ¿Qué vendían? Desde el balcón de su casa, veía los letreros de neón y danzando en su imaginación le anunciaban un mundo fantástico, alegre, siempre de fiesta.

Ya de grande y muy grande por cierto, su cara se iluminaba y dejaba salir al niño colonense cuando se encontraba los buses “diablos rojos” de noche, entre más neón más sonreía. ¡Mira, Gorda, son Diablos Congos de neón!

Ni qué hablar de carros que parecían flotar bajo luces de neón en las oscuras carreteras. ¡Mira son carros voladores!

Él sabía que no eran mis predilectas, que me parecían vulgares y frías. Era el debate eterno entre el niño y el adulto: ver un sombrero o una cobra que se comió un elefante.

Y como siempre, ganó el Principito el día que trajo un regalo para la casa, venía con su sonrisa pícaro de niño.

¡Mira Gordaaa!, mira que te traigooo...! y saca una lamparita con dos delfines abrazados de un maravilloso y fantástico azul neón. Ese día se me hicieron tan tiernos tanto mi niño grande como los delfines abrazados.

Una noche al bajar de nuestro cuarto a tomar agua, escuché sonidos extraños me asomé con cautela y pude ver que eran los delfines de neón que nadaban en el aire, dibujando palabras maravillosas, que hablaban de un Principito que defendía su rosa y que nunca dejó de perseguir las luces de neón.

Sonreí y me regresé a la cama a dormir, comprendí que es de muy mala educación interrumpir la danza de dos delfines de neón azul que en el aire le escriben a su Principito.